

JOSEP M. RODRÍGUEZ / CUADERNO DEL DESIERTO

Fragmentos

I

Llegamos al lugar donde el asfalto
se clavaba en la piel
leonada
del desierto,
igual que un aguijón.

Si una carretera que no ves
no es una carretera,

los instantes que no recuerdas
¿han sido tu vida?

II

Imagina la palma de una mano
que no tuviera líneas,

eso es el desierto:

la belleza
de aquello que nos falta.

IV

Al ver al escorpión, lo comprendí:

no hay dos oscuridades
que nos duelan lo mismo.



Josep
M. Rodríguez

Para empezar, un *travelling*: según el taoísmo y el budismo zen, nuestra realidad es fugaz, huidiza, inasible. Esa es la base del sentimiento de empatía ante lo efímero que los japoneses denominan «mono no aware». Y que guarda relación con el Virgilio del «sunt lacrimae rerum» o del «fugit irreparabile tempus», cuyos ecos se escuchan en Manrique, Lope de Vega, Cernuda, Borges... Pero también en el Karl

Marx de aquel *Todo lo sólido se desvanece en el aire* que Marshall Berman convirtió en el título de su mejor ensayo. Y desde donde apenas hay un paso hasta el concepto de lo «líquido» de Zygmunt Bauman.

Ante tanta permanencia —agudizada en este siglo de las apariencias en el que todo sucede demasiado deprisa—, la poesía se ha convertido para mí en una forma de refugio. De hecho, lo era ya cuando en un poema de *Las deudas del viajero* (1998) escribí con Horacio y Ausonio de fondo: «No dejes que la rosa se marchite, / empieza a construir tu invernadero».

Analepsis o *flashback*: aquel primer libro mío se abría con un haiku de Matsuo Bashō. La absoluta brevedad de este tipo de estrofa de origen nipón está relacionada con la desconfianza en el lenguaje del budismo. Basta con recordar que cuando le preguntaron a Buda sobre su iluminación, sobre el yo, sobre el universo... su respuesta fue siempre la misma: el silencio. Aunque eso sí, un silencio absolutamente significativo. Como el que leemos en Bashō y en los poetas del haiku, pero también en Holan, en Celan, en Ingeborg Bachmann o en Valente. Al fin y al cabo, todo poema funciona igual que las ruedas de una bicicleta. Los radios son los versos. Si escribimos de más, el texto no avanza. Porque lo que decimos tiene igual de importancia que lo que no decimos. ¿O acaso quien está al otro lado del papel necesita saber qué le contaron a Bécquer para que sintiera el frío de una hoja de acero en las entrañas? La capacidad de decir sin nombrar. Suprimiendo aquello que no es necesario. Dejando que el poema se erosione hasta ser sólo centro.

Pienso en Truman Capote cuando afirma: «confío más en las tijeras que en la pluma». Y esto, en el fondo, es una muestra de respeto hacia el lector. El mismo que muestra Lope de Vega cuando escribe: «oscuro el borrador y el verso claro». Porque el lector no merece tentativas, borrones o descuidos. Ni tampoco que le trituremos los versos hasta convertirlos en papilla o puré. No podemos olvidar que él también forma parte del acto poético y resulta imprescindible hacerle sitio, dejar que intervenga para que haga suyo el texto. «Mis monólogos son un diálogo», dice Unamuno. Y en este punto imagino un puente en el que a un lado está el poeta y, al otro, el lector. Cuando el poeta recorre todo el camino hasta llegar al lector, el resultado es tan fácil como prescindible. En cambio, si el lector debe llegar hasta el poeta, entonces el poema se convierte en jeroglífico y poco ofrece, más allá de la satisfacción intelectual. De ahí que la poesía que prefiero discorra entre el misterio y la revelación. Justo en la mitad del puente.

Primer plano, *close-up*. La mayoría de mis poemas se sitúan de forma natural en las anteriores coordenadas: transitoriedad, economía verbal, silencio... Y el poeta como observador —«observar quiere decir: entrar en el silencio», afirma Heidegger—. De hecho, a menudo suelo llevar conmigo un pequeño cuaderno en el que voy tomando notas de lo que veo. Especialmente cuando salgo de viaje. Prefiero la anotación al *selfie*. El fotógrafo es cazador, el poeta recolector. Es un proceso más lento. Y como cualquier proceso implica una transformación. En primer lugar, una transformación personal porque entro en cada poema de una forma distinta de la que salgo —supongo que eso es a lo que tradicionalmente se le ha llamado «conocimiento»—, pero también de la realidad observada: el desierto se convierte en la palma de una mano o, el escorpión, negro como la corneja que encontró el Cid camino de su exilio, es memoria y augurio.

Plano detalle: final. «Cuaderno del desierto» es un poema en cinco partes —de las que aquí se muestran sólo tres— que compuse a partir de las anotaciones que tomé durante mi última incursión en el desierto del Sáhara. Desde el comienzo: ese lugar donde la carretera se hunde en la arena y desaparece; hasta el tren atravesando cientos de kilómetros de silencio o hasta los camellos a los que sus dueños habían dejado en mitad del desierto con las patas delanteras atadas para que no escaparan y poder así regresar más tarde a por ellos. Y por supuesto la aridez. Y la luz. Y la noche, con su fundido en negro.